



*Alltag und materielle Kultur im mittelalterlichen Ungarn.* = *La vida cotidiana y la cultura material en la Hungría de la Edad Media.* KUBINYI, Andás y LASZLOVSKY, József (eds.). Krems, 1991. 119 p. (Medium Ævum Quotidianum; 22).

El estudio de la vida cotidiana del pasado es una historia interesante en sí misma y, que yo sepa, no totalmente investigada ni analizada. En Gran Bretaña se incluye a menudo en la (antigua) «historia social»; en Alemania, en la (*Kulturgeschichte*); más recientemente, se le ha otorgado su propio nombre como «historia de la cultura material». Las propias denominaciones merecen cierta atención. Podríamos considerar, por ejemplo, el concepto inglés de lo «social», o las implicaciones de *Kultur* (cultura) (como las analiza, entre otros, Norbert Elias) en el enfoque alemán, o la introducción, bajo diferentes aspectos, del concepto de cultura «material» (en oposición, se supone, a la cultura intelectual) en Polonia, Austria y en otras partes. (Tengo entendido que el Instituto Polaco de Cultura Material cambió de nombre hace poco para evitar una relación demasiado cercana con el «antiguo régimen».) Todo esto también está sin duda relacionado con las diferentes y cambiantes percepciones de las tareas y competencias de la antropología (cultural e histórica), etnografía, etnología, sociografía y sociología, un tema que fue ampliamente discutido en las páginas de esta revista hace algún tiempo.

Si bien la vida cotidiana, vivienda, herramientas y otros temas de la antigüedad clásica fueron ampliamente investigados desde los albores de este campo de estudio en la época de Winkelmann y Schliemann, esto raramente se realizó para períodos posteriores. Arqueología significaba, hasta hace relativamente poco, la excavación de ruinas grecorromanas, a veces también de ruinas bárbaras de la Alta Edad Media. Para estas épocas los datos sobre las condiciones de la vida cotidiana, escritos o arqueológicos, recibieron la atención adecuada. Pero no ha sido así para la Edad Media o, más exactamente, el estudio de los asuntos domésticos medievales ha sido muy irregular. Por supuesto, la arqueología medieval, como es bien sabido, no obtuvo su lugar adecuado entre las disciplinas hasta hace poco, pero el interés por la vida cotidiana y por los aspectos no necesariamente relacionados con los grandes acontecimientos de la historia —reyes, batallas, legislación y otras cuestiones del poder— empezó antes que eso. En la primera fase del estudio de la historia, antes de que hubiera sido estrictamente profesionalizada à l'allemand, las investigaciones (y entonces el término no tenía un significado peyorativo, como aún no lo tiene entre los *gentlemen historians* de Inglaterra) ocupaban un lugar en el campo del saber medieval.

Antonio Muratori, el gran editor de fuentes italianas medievales, dedicó todo un capítulo de su *Rerum Italicarum Scriptores* a las «Antigüedades», es decir, no a textos sobre política o leyes, sino a textos sobre alimentación, vestido, administración doméstica, marginados (como los gitanos), etc. A finales del siglo pasado, sin embargo, la corriente principal de los estudios medievales centroeuropeos (es decir, alemanes y húngaros de influencia alemana y otros de Europa centrorienta) relegaron estos aspectos, con una sonrisa bastante paternalista, a la categoría de «qué interesante...». En realidad, merecería la pena considerar el buen uso que se ha hecho de los diversos primeros estudios sobre la vida cotidiana realizados por los autores decimonónicos de novelas históricas —desde Walter Scott a Mór Jókai, pasando por Adalbert Stifter— los cuales, como señalaba György Lukács en su *Novela histórica*, escribieron una historia que estaba mucho más próxima a la vida de los hombres y las mujeres del pasado que la mayor parte de la producción académica (centroeuropea) de su tiempo. (Los estudios académicos se vieron a su vez ampliados por la perspicacia de los novelistas.) El interés por la vida cotidiana de la gente «abandonó la corte» en lo que a historia académica se refiere, y encontró su lugar no sólo en otras disciplinas, sino también, al menos en algunos casos, más de las cátedras universitarias en el espectro político.

No soy un experto en historiografía ni hay aquí espacio para seguir el desarrollo de estos interrogantes en el periodo de entreguerras, cuando los estudiosos de distintas ideologías, incluidos los profesionales, de la, a veces, políticamente teñida *Volkstumsgeschichte* («historia popular»), regresaron a la «cultura material». Mucho fue lo realizado en este campo por los investigadores de la, a menudo olvidada, «escuela» de Karl Lamprecht, de Leipzig, y los etnógrafos húngaros estuvieron en la vanguardia de la investigación de las dimensiones históricas de sus descubrimientos. La ruptura, sin embargo, vino después de la guerra. Creo que, entre otras cosas, el patente fracaso de los historiadores para enseñar lecciones que hubieran evitado la guerra, los asesinatos en masa y el genocidio (o incluso haberlos abastecido de adecuadas ideologías imperiales e imperialistas) hicieron que las generaciones de la posguerra se volcaran en aspectos más «pacíficos» del pasado. Y —*prima facie*— ¿qué es más pacífico que los utensilios domésticos? (La múltiple utilización del rodillo para la solución del conflicto doméstico puede no ser una invención moderna, pero dejemos esto de lado de momento.) Esta reorientación parcial fue asimismo una especie de respuesta a los aguados sermones de los borrachos predicadores marxistas sobre la historia «como historia de la gente». Como bien sabemos, la observancia marxista (-leninista) ortodoxa no gustaba de estos temas, ya que hubieran mostrado el carácter indefendible de su rígido dogma sobre clases y lucha de clases (véanse los comentarios críticos en el artículo de Laszlovszky de este volumen, que se analizan en detalle más adelante).

Además, la creciente atención que se prestaba a miembros de la sociedad que no fueran varones adultos —por ejemplo, niños, mujeres, ancianos—, así como a las clases sociales más bajas, dieron asimismo un impulso a estudios que no se centraban únicamente en la guerra, los negocios y el ejercicio del poder. Los historiadores franceses de la famosa escuela de los *Annales* y los que les siguieron fueron quizá los que mejor aceptaron este reto. Los estudios sobre «la vida de a pie» y temas similares tuvieron una historia particular en Francia. Si no estoy equivocado, la mayoría de los primeros profesionales de este campo provenían de la literatura, estudiosos que trabajaban en la narrativa medieval en la que Francia es tan rica. No obstante, los últimos contribuyentes más conocidos empezaron a partir de la historia y aplicaron el método interdisciplinario de los *Annales ESC*. A modo de breve recordatorio, puede ser suficiente mencionar los nombres de Philippe Ariès, con sus libros sobre la infancia y la muerte, o de Fernand Braudel y sus numerosos volúmenes sobre la vida cotidiana en los albores de la Europa moderna. (En la actualidad, esta tendencia se está debilitando y se está produciendo un marcado retorno a la política y al poder así como a la narrativa.) Y por último, como una bendición contradictoria, algunos aspectos concretos de la cultura material han recibido profusa atención en «libros de tertulia» sobre culturas lejanas y épocas pasadas. Estas fotografías raramente van acompañadas de comentarios analíticos y análisis eruditos, pero al menos proporcionan algunas ilustraciones excelentes para la enseñanza y la investigación.

El folleto que se analiza, publicado por el Instituto de la Academia Austriaca de Ciencias para el Estudio de la Cultura Material y de la Vida Cotidiana Medieval, de Krems, Austria, presenta la situación de este campo en Hungría. Durante el pasado decenio, el Instituto y la asociación que lo apoya, la Medium Ævum Quotidianum Gesellschaft, se ha convertido en uno de los principales centros europeos para la investigación de la vida cotidiana en la Europa medieval, con muy buenos contactos en Europa oriental y centro-oriental. En su ensayo preliminar («Sobre la vida cotidiana en la Hungría de la Baja Edad Media», pp. 9-31), András Kubinyi (profesor de arqueología medieval de la Universidad Eötvös Loránd, de Budapest) esboza brevemente el desarrollo de esta disciplina en Hungría y demuestra que los historiadores de Hungría contribuyeron a nuestro conocimiento de las condiciones domésticas medievales mucho antes de la moda reciente de la «vida cotidiana». Entre los primeros profesionales se podría mencionar a Sándor Takáts, cuyas descripciones de la vida cotidiana en la época de las guerras turco-húngaras pueden situarse en los límites entre la erudición y la ficción histórica. Por supuesto, no se analizan aquí, porque su interés era postmedieval. Sin embargo, sí que se presta la debida atención a las series de Remigius Békefi sobre *la művelődéstörténet*, «historia cultural», en las que se publicaron no menos de sesenta tesis doctorales durante el primer de-

cenio del siglo. (Es característico que la marxista Emma Lederer descartara en seguida estas contribuciones.) Los numerosos volúmenes de la *Magyar Művelődéstörténet* (Historia cultural húngara), publicados justo antes de la II Guerra Mundial, intentaban realizar una síntesis de la historia social, cultural y «cotidiana» y lograron cubrir una buena parte de ella, especialmente en su selección pictórica. (Se han vuelto a imprimir recientemente, pero es difícil conseguirlos, mientras que varias «historias nacionales» mucho menos valiosas se venden en todas las esquinas de Budapest.)

Ya en 1943, los arqueólogos e historiadores de arte húngaros estaban ocupados analizando los hallazgos de principios de la Edad Media, y el estudio de la cultura material disfrutó, después de la guerra, de un cierto auge, pero no por mucho tiempo. No obstante, incluso este breve florecimiento mostró, como es evidente hoy en día y como subraya Kubinyi, que precisamente este campo de investigación no puede seguirse sin una verdadera cooperación interdisciplinaria. Kubinyi ofrece dos ejemplos de su propia investigación: la dieta de finales de la Edad Media de diferentes estratos sociales, y los bienes domésticos de familias nobles de menor categoría. Pese a sus propias advertencias, ambas se presentan aquí basándose sobre todo en fuentes escritas, refiriéndose sólo ocasionalmente a indicios arqueológicos y pictóricos. La etnografía histórica, bien desarrollada en Hungría, queda, sin embargo, fuera del alcance del autor. (Es una gran lástima que la ponencia del etnógrafo Tamás Hofer, leída en la conferencia de 1988 que originó este folleto, no se imprimiera aquí.) El breve resumen de Kubinyi de los horarios de comidas y de los menús (basado en informes domésticos y fuentes relacionadas con ellos, pero también en los huesos encontrados en viviendas medievales) es interesante, entre otras cosas, en la medida en que muestra por un lado diferencias obvias entre los aristócratas y la gente más pobre (en las variaciones de carne y comidas), pero por otro una uniformidad general entre el campo y la ciudad, familias magiars y no magiars, en las disposiciones básicas de la dieta (como horarios de comidas y nombres de las mismas). Al analizar las existencias de cinco casas de la nobleza de finales del siglo xv-principios del xvi, Kubinyi pone de relieve las limitaciones de dichas fuentes: por ejemplo, se enumeran numerosos tipos de utensilios de cocina, pero raras veces se encuentran en las excavaciones arqueológicas, mientras que otros (como la cerámica) son muy conocidos gracias a las excavaciones, pero no se enumeran en los documentos. Aquí también se subraya otro aspecto muy importante: el problema semántico de la identificación. Conocemos distintas clases de objetos a partir de piezas o fragmentos recuperados del suelo, pero no sus nombres contemporáneos. Y viceversa, las fuentes tienen los nombres en latín (o húngaro, o alemán) de determinados materiales textiles, herramientas o joyas que no se pueden identificar inequívocamente con objetos actuales y todavía menos con objetos similares (y nombres similares o diferentes) de otra procedencia. La

comparación internacional es sumamente difícil, aunque muy conveniente en este campo, en que las modas y los bienes, así como los estilos de vida viajaron mucho por Europa.

József Laszlovszky (del mismo departamento de la Universidad de Eötvös Loránd) ha abordado una cuestión esencial para el estudio de los indicios arqueológicos en su «Estratificación social y cultura material en Hungría en los siglos X-XIV» (pp. 32-67). El núcleo del problema es si los indicios de las fuentes narrativas y legales pertenecientes a la historia social se pueden aplicar y verificar (o falsificar) mediante hallazgos arqueológicos. Esto es, realmente, una de las principales tareas —y, en cierto modo, obstáculos— del trabajo interdisciplinario: ambos tipos de indicios son, ciertamente, fragmentarios y contradictorios. Sin embargo, los historiadores tradicionales («de archivo») han construido, a partir de los textos, una imagen bastante convincente y consistente de la sociedad medieval y de sus transformaciones, utilizando raramente, si es que alguna vez lo hicieron, los resultados de las excavaciones. Los arqueólogos, por otra parte, han construido, a partir de los indicios, igualmente fragmentarios (e igualmente casuales), otra imagen de la estratificación social basada en los hallazgos, en enterramientos, excavaciones de asentamientos y colecciones de monedas. Estas dos imágenes (o mejor hipótesis) coinciden en algunos puntos y difieren en otros. Como los investigadores húngaros —si no estoy equivocado— nunca analizaron sistemáticamente estas contradicciones, Laszlovszky sintió la necesidad de examinar varios periodos y diferentes tipos de material arqueológico. Analizó el problema de la sociedad en la época de la conquista (siglos IX-X) y sus cementerios, los objetos encontrados en las tumbas de los primeros siglos cristianos, las gradaciones de libertad en la Hungría de la Alta Edad Media y su reflejo en las excavaciones, las colecciones de monedas y la riqueza monetaria en los siglos XIII-XV, por mencionar solamente sus principales temas. (István Fodor trató por separado la historia húngara de principios de la Edad Media en la conferencia de 1988, pero aparentemente su ponencia no cristalizó en un artículo.)

Es posible que el lector no iniciado se sienta confundido por los razonamientos de Laszlovszky y que sienta que (en el sentido de *non multa sed multum*), aunque todos los temas sean apasionantes en sí mismos. Las ilustraciones que se acompañan (las arqueológicas y los esquemas que explican el razonamiento del difunto Jenő Szűcs sobre la transformación de la sociedad campesina) son buenas y útiles, pero su relación con el texto no siempre está clara. Las conclusiones de Laszlovszky son, no obstante, muy convincentes: ni el estudio de los cementerios o de las colecciones de monedas en sí mismos ni el centrarse exclusivamente en las definiciones (o denominaciones) textuales tal como se utilizaban en los archivos, ofrecen pruebas suficientes de la estratificación social de la sociedad medieval húngara. Evidentemente, no se puede equiparar con pobreza, ni puede un aná-

lisis estadístico de los hallazgos de monedas ofrecer indicios sobre todos los estratos de la sociedad de un momento determinado (por ejemplo, en el *vio-lento ataque de los mongoles en 1241*). Los conocidos y continuos debates sobre el significado exacto de *libertas* y sus contrarios tendrán que analizarse de nuevo a la luz de los resultados —significativos, pero poco convincentes en sí mismos— de la arqueología. Las comparaciones con la Inglaterra anglosajona, de la que hay más pruebas arqueológicas y estudios históricos que de la época Árpád húngara, parecen bien fundamentadas y por supuesto merece la pena proseguirlas. Es evidente que, a finales del siglo xx, estos temas históricos han de ser conducidos sin ideas nacionales y políticas preconcebidas ni imágenes románticas de «antepasados heroicos». O, en todo caso, deberían serlo.

Imre Holl (Instituto de Arqueología, Academia de Ciencias Húngara) aboga, en una breve contribución (pp. 68-73), por una verdadera relación entre disciplinas en la arqueología medieval y menciona dos colecciones de objetos que pueden servir de ejemplos de dicho enfoque. El importante número de cuchillos encontrado en Sarvaly, Hungría occidental, originarios de Steyr, Alta Austria, sugiere que puede que tengamos que volver a reflexionar sobre el comercio de estos utensilios entre Hungría y sus vecinos. Una serie de azulejos de estufas, procedente de excavaciones en Buda, Visegrád y Tata, con emblemas heráldicos de Regensburg, que datan de alrededor de 1485-1486, puede ofrecer pruebas materiales sobre los contactos entre el rey Matthias Corvinus y Baviera en esta época. El artículo de Katalin Szende sobre Sopron (pp. 108-118) ofrece una comparación entre la cultura material de los habitantes de Sopron (Ödenburg) y Pozsony (Pressburg, Bratislava en la actualidad) a finales del siglo xv. Katalin Szende, que basa esta comparación en su extensa investigación de los testamentos urbanos, empieza con una advertencia: los testamentos cubren sólo una parte de los ciudadanos, si bien el porcentaje (5,4% y 9,3%) es bastante elevado en ambas ciudades en comparación con otros lugares de Europa. A continuación, analiza los objetos que se citan en los testamentos (ropa, ropa de cama, joyas, cubertería y loza) y concluye que los habitantes de Pozsony eran algo más ricos y estaban más en contacto con sus vecinos occidentales, pero ambas ciudades muestran rasgos muy comparables con las ciudades europeas de su tiempo, aunque se mantengan.

Por último, un importante estudio de Ernő Marosi (Instituto de Historia del Arte, Academia de Ciencias Húngara) versa sobre los problemas de un método al analizar los indicios pictóricos: «Sobre la cuestión de valor de fuente de las representaciones medievales. “El orientalismo” en la crónica húngara de imágenes» (pp. 74-91, con 20 ilustraciones). Durante generaciones, la ropa de los criados reales en fol. 1 del *Chronicon Pictum*, hacia 1360, junto con los atuendos de otras miniaturas e iniciales, fue analizada desde el punto de vista de sobre la moda de la nobleza húngara y sus



implicaciones para la aristocracia y «occidental» y «nativa». Aunque hubo historiadores de arte que sugirieron un enfoque más sofisticado, prevaleció el supuesto de una especie de «realismo», ocasionalmente respaldado por un interés romántico en unos antepasados valerosos. Marosi demuestra, mediante una amplia comparación de los indicios que aparecen en la imaginería húngara y de otras partes, que los artistas de los siglos XIV-XV tendían a utilizar prendas orientales como un significador bíblico y de otras antigüedades o como significador de en general. Un cuidadoso estudio de la iconografía de la propia Crónica o del casi contemporáneo *Legendarium Angevino* y de las convenciones pictóricas del norte de Italia, sugiere que la miniatura de la portada no es un de algunos tipos húngaros de la corte Angevina, sino más bien una declaración simbólica (casi heráldica) sobre la percepción de la monarquía de los Anjou húngaros. Los húngaros como descendientes de los antiguos (troyanos, escitas, etc.) o la idea de vieja y nueva nobleza apoyando al trono, eran declaraciones programáticas que se presentan aquí en imágenes de la misma manera que se escribieron en las crónicas.

Percy E. Schramm, el gran especialista en simbolismo de la realeza medieval dijo una vez en broma: «Muéstrame tu insignia y te diré qué *quieres ser* ...». Con esto daba a entender no sólo la distancia de signos y símbolos —descritos o exhibidos— de la realidad auténtica, sino también el hecho de que en la esfera del poder la imaginería simbólica expresaba por lo general algún tipo de reivindicación o programa. Y en aquellos siglos prácticamente todas las imágenes se interpretaban como símbolos. Las ilustraciones medievales tienen que «leerse» con la misma distancia crítica y sensibilidad hacia las convenciones (*topoi* y las fórmulas iconográficas) que las crónicas y los tratados. Desgraciadamente, pocas veces ofrecen «información» del pasado de carácter práctico a través de pinturas históricas o de atuendos de las festividades patrióticas. Y aunque esto es completamente convincente, uno no puede evitar preguntarse si, pese a todo lo que se ha dicho, el iluminador del *Chronicon Pictum* no transmitía alguna información sobre la ropa de algunos húngaros de su tiempo, una cuestión que Marosi pone conscientemente entre paréntesis en su ponencia. Como sabemos, a pesar de los *topos* literarios, la hierba es verde.

La extensión de esta crítica pretende sugerir que el campo que abarca ofrece grandes posibilidades y puede efectivamente servir como corrector de numerosos aspectos de la investigación histórica tradicional. Lo que hay que hacer, sin embargo, no es simplemente añadir trozos de nuevos indicios a los viejos o comparar los resultados de una disciplina con los de otras —si bien esto ya sería un paso en la dirección correcta— sino más bien formular de nuevo las preguntas basándose en la investigación de los vestigios de la vida de hace siglos. Aunque he mantenido que este campo de estudio empezó a conocerse porque los historiadores querían despedirse del estudio del poder, creo que la estructura completa de la política y los



grandes temas de la vida y la muerte también se entenderán mucho mejor si hacemos más preguntas —y tratamos de encontrar respuestas— sobre los ciclos vitales diarios y anuales, las relaciones personales domésticas, las actitudes hacia la gente, organismos, animales, alimentos, naturaleza, etc., sobre la «cultura material» o, más bien, sobre la cultura medieval en su totalidad.

Janos M. Bak